

su querida señora Crevel, excusándose de asistir al almuerzo á causa del doloroso estado de salud de Adelina.

—No tengas cuidado—le dijo á Valeria al despedirse.—Te recibirán en su casa y tú los recibirás en la tuya. El solo hecho de haber dicho yo *doscientos mil francos* ha puesto á la baronesa á la muerte. ¡Oh! con esa historia los tienes cogidos, pero ¿me la contarás?

Un mes después de su matrimonio, Valeria estaba en su décima disputa con Steimbock, el cual le exigía explicaciones acerca de Enrique Montes, le recordaba la escena ocurrida en el paraíso, y no contento con dirigirle palabras de desprecio, la vigilaba de tal modo, que Valeria, entre los celos de Wenceslao y el amor de Crevel, no tenía un momento de libertad. Como no estaba ya á su lado Isabel, para que le diera admirables consejos, se enfadó de tal modo que llegó á reprochar duramente á Wenceslao el dinero que le había dado. El orgullo de Steimbock sufrió tanto con esto, que el polaco no volvió más al palacio Crevel, logrando así Valeria su objeto de alejar á Wenceslao durante algún tiempo para recobrar su libertad. Valeria esperó un viaje al campo que Crevel debía hacer con el conde Popinot, á fin de negociar la presentación de la señora Crevel, y de este modo pudo dar una cita al barón, con el cual deseaba tener una larga entrevista, con objeto de darle disculpas que habían de redoblar el amor del brasileño. La mañana misma de aquel día, Reina, juzgando su crimen por la gruesa suma recibida, quiso avisar á su ama, la cual, como es natural, le interesaba más que los desconocidos; pero, como había sido amenazada de volverla loca y encerrarla en la Salpetriere, en caso de indiscreción, sintió miedo y se limitó á decirle:

—La señora es ahora tan feliz, que no sé por qué sigue con ese brasileño. A mí no me gusta nada.

—Es verdad, Reina, y por eso quiero despedirle.

—¡Ah! señora, me alegro, porque me asusta ese moro. Yo le creo capaz de todo.

—¡Qué tonta eres! Por quién hay que temer es por él cuando está conmigo.

En este momento entró Isabel.

—Cabrita mía, hace ya mucho tiempo que no nos vemos, y yo soy muy desgraciada—le dijo Valeria.—Crevel me aburre y ya no estoy con Wenceslao, porque hemos reñido.

—Lo sé—respondió Isabel,—y por él vengo: Victorino

lo ha encontrado, á las cinco de la tarde, en el momento en que entraba en una fonda de á peseta, le ha hablado y lo ha traído á la calle de Luis el Grande. Hortensia, al ver á Wenceslao flaco, enfermo y mal vestido, le tendió la mano. Ya ves como me has hecho traición.

—Señora, aquí está don Enrique—fué á decir el ayuda de cámara al oído de Valeria.

—Isabel, déjame, mañana te lo explicaré todo.

Pero como veremos, á los pocos días Valeria no quedaría ya en disposición de contar nada á nadie.

CAPÍTULO XXXVII

Cumplimiento de las profecías hechas en tono de risa por Valeria

A fines del mes de mayo, la pensión del barón Hulot quedó completamente libre de toda carga, gracias á las entregas de dinero que Victorino había hecho sucesivamente al barón Nucingen. Sabido es que los semestres de las pensiones no se pagan á no ser mediante la presentación de la fe de vida, y como se ignoraba el paradero del barón Hulot, los semestres retenidos en favor de Vauvinet, permanecían acumulados en el Tesoro, siendo indispensable hallar al interesado para poder cobrar los atrasos. Gracias á los cuidados del doctor Bianchon, la baronesa había recobrado la salud. Mediante una carta, cuya ortografía hacía ver la colaboración del duque de Herouville, la buena Josefa contribuyó al completo restablecimiento de Adelina. He aquí lo que la cantante escribió á la baronesa, al cabo de cuarenta días de activas pesquisas:

«Señora baronesa: Hace dos meses, el señor Hulot vivía en la calle de los Bernardinos, en compañía de Elodia Charadin, la que se fué con él después de abandonar á la señorita Bijou; pero se ha marchado dejando todo lo que poseía, sin decir nada á nadie y sin que se pueda saber adónde ha ido. No por eso me he desanimado, y he puesto en su busca á un hombre que cree haberle encontrado en el bulevar Bourdon.

La pobre judía cumplirá la promesa hecha á la cristiana. Que el ángel ruegue por el demonio, como ha de ocurrir algún día en el cielo.

Con el mayor respeto, se repite siempre suya humilde servidora,

JOSEFA MIRAH. »

Como Victorino no oyese ya hablar de la terrible señora Nourison, viese á su suegro casado, hubiese conquistado á su cuñado, no tuviese ningún disgusto con su nueva suegra y viese á su madre cada día mejor, se entregó á sus trabajos políticos y judiciales, arrastrado por la rápida corriente de la vida parisiense, donde los días parecen horas. Encargado de hacer el informe para el congreso, al final de una sesión, se vió obligado á pasar toda la noche trabajando. Habiendo entrado en su despacho á eso de las nueve, cuando esperaba que su criado le llevase las luces, pensaba en su padre, se reprochaba el que la cantante se ocupase en su busca, y se proponía ver al señor Chapuzot el día siguiente respecto á este punto, cuando vió aparecer en su ventana, al resplandor del crepúsculo, una sublime cabeza de anciano, de cráneo amarillo, cubierta de cabellos blancos.

—Mi querido señor, dé orden de que le permitan entrar en su casa á un pobre ermitaño llegado del desierto y encargado de postular para la construcción de un santo asilo.

Esta visión, que recordó de pronto al abogado la profecía hecha por la terrible Nourison, le hizo temblar.

—Dígale usted á ese anciano que entre—ordenó á su ayuda de cámara.

—Va á apear el despacho del señor, porque lleva un sayal que no se lo ha mudado desde que fué á la Siria, y además va sin camisa.

—Haga usted entrar á ese anciano—repitió el abogado.

El anciano entró, Victorino examinó con desconfianza á aquel fingido peregrino, y vió en él un soberbio modelo de aquellos monjes napolitanos, cuyos sayales son hermanos de los andrajos del lazaron y cuyas sandalias son guñapos de cuero, como el monje mismo es un guñapo humano. Aquella figura parecía tan auténtica, que, aunque seguía desconfiando, el abogado lamentó el haber creído en los sortilegios de la señora Nourison.

—¿Qué me pide usted?

—Lo que usted crea que debe darme.

Victorino tomó una moneda de cinco francos y se la tendió al extranjero.

—Esto es muy poco á cuenta de cincuenta mil francos—dijo el mendigo del desierto.

Esta frase disipó todas las incertidumbres de Victorino.

—¿Ya ha cumplido el cielo sus promesas?—dijo el abogado frunciendo las cejas.

—La duda es una ofensa, hijo mío—replicó el solitario.—Si no quiere usted pagar hasta que se hayan celebrado las pompas fúnebres, está usted en su derecho; volveré dentro de ocho días.

—¡Las pompas fúnebres!—exclamó el abogado levantándose.

—Así se ha tratado, y la muerte viene con rapidez en París—dijo el anciano retirándose.

Cuando Hulot, que bajó la cabeza, quiso responder, el ágil anciano había desaparecido.

—No entiendo una palabra—se dijo el abogado para sus adentros,—pero de todos modos, si dentro de ocho días no aparece mi padre, le daré el encargo de buscarlo. ¿De dónde sacará la señora Nourison semejantes santones?

Al día siguiente, el doctor Bianchon le permitió á la baronesa bajar al jardín, después de haber examinado á Isabel, la cual guardaba cama hacía un mes, á causa de una ligera enfermedad de los bronquios. El sabio doctor, que no se atrevió á decir nada acerca de Isabel antes de haber observado los síntomas decisivos, acompañó á la baronesa al jardín, para ver el efecto que producía el aire libre, después de dos meses de reclusión, en el temblor nervioso que se proponía curar y que tanto intrigaba al famoso médico. Al ver que aquella eminencia se sentaba y les concedía algunos instantes, la baronesa y sus hijos tuvieron con él una conversación.

—Hace usted una vida muy laboriosa y muy triste—le dijo la baronesa.—Yo ya sé lo que es emplear los días en ver miserias ó dolores físicos.

—Señora—respondió el médico,—ignoro los espectáculos que la caridad le obliga á contemplar; pero á la larga se acostumbrará á ellos, como nos acostumbramos nosotros. Tal es la ley social. El confesor, el magistrado, el abogado, no podrían vivir si el espíritu de profesión no encalleciese el

corazón del hombre. ¿Cómo vivir si no fuese por este fenómeno? En tiempo de guerra ¿no presencia el militar espectáculos mucho más crueles que los nuestros? Y todos los militares que han entrado en fuego son buenos. Nosotros tenemos el placer de realizar una cura como ustedes tienen el goce de salvar una familia del hambre, de la depravación ó de la miseria, devolviéndola al trabajo y á la vida social; pero ¿cómo se consuelan el magistrado, el comisario de policía y el abogado, que se pasan la vida escudriñando las combinaciones más infames del interés, ese monstruo social, que no se arrepentirá nunca? La mitad de la sociedad pasa la vida observando á la otra. Hace ya tiempo que yo tengo un amigo procurador, retirado ahora, que me decía que de quince años acá, los notarios y los procuradores desconfían tanto de sus clientes como de los adversarios de sus clientes. Su señor hijo, el abogado, ¿no se ha visto nunca comprometido por aquel cuya defensa hacía?

—Ya lo creo—dijo Victorino sonriéndose.

—¿De dónde proviene ese profundo mal?—preguntó la baronesa.

—De la falta de religión y de la invasión del amor al dinero, que no es otra cosa que el egoísmo solidificado—respondió el médico.—Antaño, el dinero no lo era todo y había cosas superiores á él: había la nobleza, el talento, los servicios prestados al Estado; pero hoy, la ley lo convierte en peldaño general, en base de la capacidad política. Ciertos magistrados no son elegibles. Por ejemplo, Juan Jacobo Rousseau no sería elegible. Las herencias perpetuamente divididas, le obligan á uno á pensar en sí desde la edad de veinte años. Ahora bien, entre la necesidad de hacer fortuna y la depravación de las combinaciones, no hay obstáculo, pues el sentimiento religioso falta en Francia, á pesar de los laudables esfuerzos de los que intentan una restauración católica. Esto es lo que dicen todos los que como yo contemplan la sociedad en sus entrañas.

—¿De qué pocos placeres disfrutará usted!—dijo Hortensia.

—El verdadero médico se apasiona por la ciencia y lo soporta todo, convencido de su utilidad social—respondió Bianchon.—Mire usted, en este momento siento un goce científico, y muchas gentes superficiales me tomarían por un hombre sin corazón. Mañana le voy á anunciar á la Acade-

mia un encuentro. En este momento estoy observando una enfermedad perdida, una enfermedad mortal, contra la cual somos impotentes y que sólo se cura en los países cálidos y en las Indias. Una enfermedad que reinaba en la Edad media. Crean ustedes que es hermosa la lucha del médico contra semejante enemigo. Hace diez días que pienso á todas horas en mis enfermos, pues son dos: la mujer y el marido. ¿No están ustedes emparentados con él? porque, si no estoy equivocado, señora, usted es hija del señor Crevel—añadió dirigiéndose á Celestina.

—¿Cómo! ¿es mi padre á quien se refiere?—dijo Celestina.

—¿Viven en la calle Barbet de Jouy?

—Allí mismo—respondió Bianchon.

—¿Y es mortal la enfermedad?—dijo Victorino asustado.

—Yo me voy á casa de mi padre—exclamó Celestina levantándose.

—Señora, se lo prohibo á usted terminantemente—dijo tranquilamente Bianchon,—esa enfermedad es contagiosa.

—Bien va usted, señor—replicó la joven.—¿Cree usted acaso que los deberes de la hija no son superiores á los del médico?

—Señora, un médico sabe cómo preservarse del contagio, y su irreflexión me prueba que no tendría usted la prudencia que yo tengo.

Celestina se levantó, se fué á su cuarto y se vistió para salir.

—Caballero, ¿espera usted salvar á los señores Crevel?—dijo Victorino á Bianchon.

—Lo espero y no lo espero—respondió Bianchon.—El hecho es inexplicable para mí. Esta enfermedad sólo es propia de los negros y de las hordas americanas, cuyo sistema cutáneo difiere del de las razas blancas. Yo no puedo establecer ninguna relación entre los negros y los cobrizos con los señores Crevel. Por otra parte, si la enfermedad es hermosa para nosotros, es horrible para todo el mundo. La pobre joven, que, según dicen, era muy bonita, está bien castigada por donde ha pecado, pues su fealdad es horrible, se le caen los dientes y el pelo, tiene el aspecto de los leprosos y se causa horror á sí misma. Las manos, que causan espanto, están hinchadas y cubiertas de pústulas verdosas, las uñas se le mueven y se le quedan en las llagas al rascarse; en una palabra, que todas las extremidades se le pudren.

—Pero ¿cuál es la causa de todos esos desórdenes?—preguntó el abogado.

—¡Oh!—dijo Bianchon—la causa es una alteración repentina de la sangre, que se descompone con espantosa rapidez. Yo espero atacarla, y al efecto, he mandado analizar la sangre á mi amigo el químico Duval, y voy ahora á verle para tomar una de esas decisiones que nosotros adoptamos á veces contra la muerte.

—Yo veo en eso la mano de Dios—dijo la baronesa con voz emocionada.—Aunque esa mujer me haya causado males que me han movido á impetrar la justicia divina contra ella, deseo, no obstante, que usted logre su curación, señor doctor.

Hulot hijo sentía vértigos, se consideraba un asesino y miraba alternativamente á su madre, á su hermana y al doctor, temiendo que adivinasen sus pensamientos. Hortensia encontraba á Dios muy justo. Celestina se presentó para rogar á su marido que la acompañase.

—Señores, si van ustedes allá, por toda precaución permanezcan á un metro de distancia del lecho de los enfermos. Ni uno ni otro deben abrazar al moribundo. Señor Hulot, acompañe usted á su señora para que cumpla mis recomendaciones.

Adelina y Hortensia, que habían quedado solas, fueron á hacer compañía á Isabel. El odio de Hortensia contra Valeria era tan violento, que aquélla no pudo contener su explosión, y al llegar junto á su prima, exclamó:

—Prima, mi madre y yo estamos vengadas. Esa venenosa criatura ha debido morderse y se está descomponiendo.

—Hortensia, en este momento no eres cristiana—dijo la baronesa.—Deberías rogar á Dios que inspirase arrepentimiento á esa desgraciada.

—¿Qué dicen ustedes?—exclamó Bel levantándose de su silla.—¡Hablan de Valeria!

—Sí—respondió Adelina.—Está condenada y va á morir de una enfermedad tan horrible que su sola descripción hace temblar.

Los dientes de la prima Bel castañetearon, un sudor frío invadió todo su cuerpo, y una profunda sacudida reveló la honda amistad que le unía con Valeria.

—Me voy allá—dijo la solterona.

—Pero, ¡si el doctor te ha prohibido salir!

—No importa, me voy. ¡En qué estado debe estar ese pobre Crevel, que tanto quiere á su mujer!

—También se está muriendo—replicó la condesa de Steimbock—¡ah! todos nuestros enemigos están en manos del diablo.

—¡De Dios!... hija mía...

Isabel se vistió, tomó su famosa cachemira amarilla, su capote de terciopelo negro, se puso los zapatos y, sorda á los consejos de Adelina y de Hortensia, salió como empujada por una fuerza despótica. Llegada á la calle de Barbet algunos instantes después que los señores Hulot, Isabel encontró al doctor Bianchon con siete médicos que él había llevado para observar aquel caso único. De pie en el salón, aquellos señores discutían acerca de la enfermedad, la observaban yendo del cuarto de Crevel al de Valeria, y volvían con un nuevo argumento basado en aquella observación.

Dos graves opiniones imperaban entre aquellos príncipes de la ciencia. Uno de ellos, único en su opinión, creía en un envenenamiento y hablaba de alguna venganza, negando que aquella enfermedad fuese la misma que había existido en la Edad media. Otros tres lo achacaban todo á descomposición de la linfa y de los humores. La otra opinión, la de Bianchon, afirmaba que aquella enfermedad era causada por un vicio de la sangre causado por un principio desconocido. Bianchon llevaba el resultado del análisis de la sangre hecho por el profesor Duval. Los medios curativos, aunque desesperados y completamente empíricos, dependían de la solución de este problema médico.

Isabel quedó petrificada, á tres pasos del lecho en que moría Valeria, al ver á un vicario de la iglesia de Santo Tomás á la cabecera de la cama de su amiga, y á una hermana de la caridad cuidándola. La religión veía un alma á salvar en aquel montón de podredumbre que de los cinco sentidos de la criatura sólo conservaba la vista. La hermana de la caridad, que era la única que había venido á cuidar á Valeria, se mantenía á cierta distancia. De esta suerte, la Iglesia católica, ese cuerpo divino, animado siempre por la imposición del sacrificio en todo, asistía bajo su doble forma de espíritu y de carne á aquella infame é infecta moribunda, prodigándole su mansedumbre infinita y sus inagotables tesoros de misericordia. Los criados, asustados, se negaban á entrar en el cuarto de los señores, no pensaban más que

en sí y juzgaban á sus amos justamente castigados. La infección era tan grande que, á pesar de estar abiertas las ventanas y haber empleado los perfumes más penetrantes, nadie podía permanecer en el cuarto de Valeria mucho tiempo. Sólo la religión se mantenía allí. Y ¿cómo una mujer de tanto talento como Valeria no había de comprender el interés porque permanecían allí aquellos dos representantes de la Iglesia? La moribunda había escuchado la voz del sacerdote, y el arrepentimiento de su alma era proporcionado á los estragos que la devoradora enfermedad hacía en su cuerpo. La delicada Valeria había ofrecido menos resistencia que Crevel á la enfermedad, y debía de morir primero, sin contar que había sido la primera atacada.

—Si no hubiese estado enferma, hubiera venido á verte—dijo al fin Isabel, cambiando una mirada con su amiga.—Hace quince ó veinte días que no salía de mi cuarto; pero al saber tu situación por el doctor, he acudido.

—¡Pobre Isabel! Ya veo que tú sigues queriéndome—dijo Valeria.—Escucha, no me quedan más que uno ó dos días de vida. ¿Lo ves? ya no tengo cuerpo, soy un montón de basura; pero en fin, sólo tengo lo que merezco. ¡Ah! ¡cuánto quisiera reparar todo el mal que he hecho!

—¡Oh!—dijo Isabel—si hablas de ese modo, estás bien muerta.

—No impida usted que esa mujer se arrepienta, y déjela en medio de sus pensamientos cristianos—dijo el sacerdote.

—Nada—dijo Isabel asombrada.—Ya no son sus mismos ojos ni su boca. No le queda ni una facción suya. Hasta el espíritu ha desaparecido. ¡Oh! ¡esto es espantoso!

—Tú no sabes lo que es la muerte—repuso Valeria,—lo que es pensar continuamente en la otra vida y en lo que se encontrará en el ataúd: gusanos para el cuerpo; pero ¿qué pasa al alma? ¡Ah! Isabel, yo siento que hay otra vida y me aqueja un terror que me impide sentir los dolores de mi carne descompuesta... Yo que le decía en tono de risa á Crevel, burlándome de una santa, que la venganza de Dios se presentaba bajo la forma de la desgracia, era profeta. No juegues con las cosas sagradas, Isabel, y si me quieres, imítame, arrepientete.

—¿Yo?—dijo la lorenesa.—Veo la venganza en todos los objetos de la naturaleza. Los insectos perecen por satisfacer la necesidad de venganza cuando les atacan, y esos señores

—dijo señalando al sacerdote—¿no nos dicen que Dios se venga y que su venganza dura una eternidad?

El sacerdote dirigió á Isabel una mirada llena de dulzura, y le dijo:

—Señora, usted es atea.

—¿No ves el estado en que me encuentro?—dijo Valeria.

—¿Y de dónde te proviene esa gangrena?—preguntó la solterona sin abandonar su incredulidad de aldeana.

—¡Oh! he recibido una carta de Enrique que no me deja duda alguna acerca de mi suerte. El me ha matado. ¡Morir en el momento en que quería vivir honradamente, y morir siendo objeto de horror! Isabel, abandona toda idea de venganza. Sé buena para esa familia, á quien yo he dejado ya todo lo que la ley me permite. Anda, hija mía, aunque tú seas hoy el único ser que no se aleja de mí con horror, te lo suplico, véte, déjame, pues sólo me queda tiempo para entregarme á Dios.

—Está delirando—se dijo Isabel en el umbral de la puerta.

El sentimiento más violento que se conoce, la amistad de una mujer por otra mujer, no tuvo la heroica constancia de la Iglesia. Isabel, sofocada por los miasmas deletéreos, abandonó el cuarto, y entonces vió que los médicos continuaban discutiendo; pero la opinión más aceptada era la de Bianchon, y ya sólo se discutía acerca del modo de realizar la experiencia.

—Siempre será una magnífica autopsia—decía uno de los médicos,—y tendremos dos ejemplares para poder establecer comparaciones.

Isabel acompañó á Bianchon, el cual, yendo á la cabecera de la enferma, cual si no notase la fetidez que exhalaba, le dijo:

—Señora, vamos á probar en usted una medicación poderosa que puede salvarla.

—Y si me salvan ustedes ¿estaré hermosa como antes?

—Tal vez—dijo el sabio médico.

—Ya conozco lo que es el *tal vez* de ustedes—dijo Valeria.—Me quedaré como esas mujeres que se han quemado la cara. Déjeme por completo entregada á la Iglesia. Ahora, ya sólo puedo adorar á Dios. Voy á intentar reconciliarme con él, y esta será mi última coquetería.

—Esa es la última frase de mi pobre Valeria, la reconozco en ella—dijo Isabel llorando.

La lorenesa creyó que debía pasar al cuarto de Crevel, y al hacerlo, halló allí á Victorino y á su mujer sentados á tres pies de distancia de la cama del pestífero.

—Isabel—dijo el enfermo,—me ocultan el estado en que se halla mi mujer, y tú acabas de verla; ¿qué tal va?

—Está mejor, y se dice salvada—respondió Isabel para tranquilizar al enfermo.

—¡Ah! bueno—repuso el alcalde, porque temía ser la causa de su enfermedad,—no en vano se ha sido viajante de perfumería. Yo me hago reproches, y si la perdiese ¿qué sería de mí? Hijos míos, palabra de honor que adoro á esa mujer.

—¡Oh! papá—dijo Celestina, si se pone usted bueno, hago voto de recibir á mi suegra.

—¡Pobre Celestinita!—repuso Crevel—ven á abrazarme. Victorino detuvo á su mujer cuando ésta iba á cumplir los deseos de su padre.

—Señor, ¿ignora usted que su enfermedad es contagiosa?—dijo el abogado con amabilidad.

—Es cierto—respondió Crevel.—Los médicos celebran haber encontrado en mí no sé qué peste de la Edad media que se había perdido, y yo he sido ya varias veces objeto de discusiones en las facultades. ¡Qué cosa más rara!

—Papá—dijo Celestina,—sea usted valeroso y triunfará de esa enfermedad.

—No tengáis cuidado, hijos míos, porque la muerte se mira dos veces antes de herir á un alcalde de París—dijo con una sangre fría cómica.—Además, si mi distrito es tan desgraciado que haya de perder al hombre á quien ha honrado dos veces con sus sufragios, no creáis que yo me asuste. ¿Véis cómo me expreso con facilidad? Además, yo he sido viajante y estoy acostumbrado á las partidas. ¡Ah! hijos míos, yo soy un hombre de carácter.

—Papá, prométame usted que recibirá á la Iglesia.

—¡Nunca!—respondió Crevel.—¿Qué queréis? A mí me ha amantado la revolución, y aunque no tengo el espíritu del barón de Holbách, tengo su misma fuerza de voluntad. ¡Pardiez! yo soy más regencia que nunca. Mi pobre mujer, que pierde la cabeza, acaba de enviarme á un hombre con sotana, á mí, al admirador de Beranger; al amigo de Liseth, al hijo de Voltaire y de Rousseau. Para tentarme, para saber si la enfermedad me abatía, el médico me ha dicho si había

visto al señor cura, y yo, imitando al gran Montesquieu, le dije que sí.

Hulot hijo contemplaba tristemente á su suegro, preguntándose si la estupidez y la vanidad no poseían una fuerza igual á la de las verdaderas grandes almas. Las causas que ponen en movimiento los desórdenes del alma, parecen ser completamente extrañas á los resultados. ¿Será acaso igual la fuerza que desplega un gran criminal á aquella que causa orgullo á un Champcenetz yendo al suplicio?

A fines de la semana, la señora Crevel estaba enterrada, después de inauditos sufrimientos, y Crevel no tardó más que dos días en seguir á su mujer; de modo que los efectos del contrato de matrimonio quedaron anulados, y Crevel heredó á Valeria.

El día siguiente mismo del entierro, el abogado volvió á ver al monje y le recibió sin decirle palabra. El monje tendió silenciosamente la mano, y silenciosamente también, Victorino le entregó ochenta billetes de á mil francos, tomados de la suma que se encontró en el secreter de Crevel. La señora Hulot heredó la tierra de Presles y treinta mil francos de renta. La señora Crevel, había legado trescientos mil francos al barón Hulot. A su mayor edad, el escrofuloso Estanislao debía recibir el palacio Crevel y veinticuatro mil francos de renta.

CAPÍTULO XXXVIII

La vuelta del padre pródigo

Entre las numerosas y sublimes asociaciones instituidas en París por la sociedad católica, existe una fundada por la señora de la Chanterie, cuyo objeto es casar civil y religiosamente á las gentes de pueblo que se han unido de buena voluntad. Los legisladores, que sólo se preocupan de los productos del registro, y la burguesía reinante, que sólo se preocupa de los honorarios del notario, fingen ignorar que las tres cuartas partes de las gentes del pueblo no pueden pagar quince francos por su contrato de matrimonio. El colegio de notarios está en esto por debajo del colegio de procuradores de París. Los procuradores de París, clase bas-

tante calumniada, se encargan gratuitamente de los procesos de los indigentes, mientras que los notarios no han decidido aún hacer gratis el contrato de matrimonio de los pobres. Respecto al fisco, sería preciso remover toda la máquina gubernamental para lograr que él abandonase su rigor respecto á este punto. El registro es sordo y mudo. La Iglesia, por su parte, percibe derechos por los matrimonios. La Iglesia es en Francia excesivamente fiscal, y se entrega en la casa de Dios á innobles tráfico que indignan á los extranjeros, cual si pudiese haber olvidado la cólera del Salvador al arrojar á los vendedores del templo. Si la Iglesia se desprende difícilmente de sus derechos, es preciso creer que éstos constituyen hoy uno de sus recursos, y en su caso la culpa no es suya, sino del Estado. La reunión de estas circunstancias en un momento en que se ocupan, tal vez con exceso, de los negros, de los condenados y de la policía correccional en vez de ocuparse de las gentes honradas que sufren, hace que en muchos hogares estén amancebados, sólo por no tener treinta francos para pagar al notario, á la alcaldía y á la Iglesia. La institución de la señora de la Chanterie, fundada para encauzar á las gentes pobres por la senda religiosa y legal, va en busca de esas parejas, á las cuales les salen al paso con tanta más facilidad, cuanto que las socorre como gentes indigentes antes de saber su estado civil. Cuando la señora baronesa Hulot estuvo completamente restablecida, reanudó sus ocupaciones, y entonces fué cuando la respetable señora de la Chanterie fué á rogar á Adelina que uniese la legalización de los matrimonios naturales á las buenas obras de que era intermediaria. Una de las primeras tentativas de la baronesa en este género tuvo lugar en el siniestro barrio llamado antaño *La pequeña Polonia*, el cual está comprendido entre la calle del Rocher, la calle de la Pepiniere y la calle Meromenil. Existe allí una especie de sucursal del arrabal de Saint Marco. Para pintar aquel barrio, bastará decir que los propietarios de ciertas casas habitadas por industriales sin industrias, por peligrosos forasteros y por indigentes entregados á peligrosos oficios, no se atreven á reclamar sus alquileres y no encuentran alguaciles que quieran expulsar á los inquilinos insolventes. En este momento la especulación, que tiende á cambiar la faz de aquel lado de París, modificará sin duda su población, pues la paleta del albañil es más civilizadora de lo que parece. Cons-

truyendo hermosas y elegantes casas con porteros, tiendas y magníficas aceras, ocurre que el precio de alquiler aleja á las gentes sin ocupación, á los hogares sin mobiliario y á los malos inquilinos.

En junio de 1844, el aspecto de la plaza Delaborde y de sus alrededores era poco tranquilizador. El paseante acicalado que de la calle de la Pepiniere subía por casualidad á una de aquellas espantosas calles, se asombraba de ver á la aristocracia lindando con un barrio de bohemios. En aquellos barrios donde vegetan la indigencia ignorante y la horrible miseria florecen los últimos escritores públicos que se ven en París. Allí donde veáis escritas estas dos palabras: *Escritor público*, en gruesa letra hecha á mano sobre un papel blanco pegado al ventanal de algún entresuelo ó de algún fangoso piso bajo, podéis imaginaros sin temor que el barrio oculta muchas gentes ignorantes y, por lo tanto, desgraciadas, viciosas y criminales. La ignorancia es la madre de todos los crímenes. Un crimen es ante todo una falta de razonamiento.

Ahora bien, durante la enfermedad de la baronesa, este barrio, para el cual era ella una segunda providencia, había adquirido un escritor público establecido en el pasaje del Sol, cuyo nombre es una de esas antítesis propias de los parisienses, pues el tal pasaje es excesivamente obscuro. Aquel escritor, reputado de ser alemán, se llamaba Vider, y vivía maritalmente con una joven, de la cual estaba tan celoso que no la dejaba ir más que á casa de unos honrados deshollinadores italianos, como todos los de este oficio. Esta familia había sido salvada de una quiebra inevitable que los hubiese lanzado á la miseria, gracias á la señora Hulot, que obró por cuenta de la señora de la Chanterie. En pocos meses, el desahogo reemplazó á la miseria, y la religión entró en aquellos corazones que poco antes maldecían á la Providencia con esa energía propia de los italianos de este oficio. Una de las primeras visitas de la baronesa fué, pues, para aquella familia. La baronesa se sintió feliz ante el espectáculo que se ofreció á sus miradas en el fondo de la casa de la calle del Rocher. Sobre los almacenes y el taller, donde pululaban aprendices y obreros italianos, todos del valle de Domodosola, la familia ocupaba una pequeña habitación, donde el trabajo había sembrado la abundancia. La baronesa fué recibida cual si fuese una aparición de la

Virgen Santísima. Después de un cuarto de hora de examen, Adelina, obligada á esperar al marido para saber cómo iban los negocios, empezó su santo espionaje preguntándole á aquella familia por los desagraciados que conocían.

—¡Ah! mi buena señora—dijo la italiana.—Usted, que es capaz de salvar á los condenados del infierno, podrá proteger á una joven que hay cerca de aquí y retirarla de la perdición.

—¿La conoce usted bien?—le preguntó la baronesa.

—Es nieta de un antiguo patrón de mi marido, llamado Judici, que vino á Francia cuando la revolución, en 1788. En tiempo del emperador, el padre Judici fué uno de los más acreditados del oficio, y murió en 1819, dejando á su hijo una hermosa fortuna. Pero el hijo de Judici se lo comió todo con malas mujeres y acabó por casarse con una que fué más astuta que las demás, de la cual tuvo una muchacha que acaba de cumplir quince años.

—¿Qué le ha ocurrido?—dijo la baronesa vivamente impresionada por la semejanza del carácter de aquel Judici con su marido.

—Pues mire usted, señora, esa pequeña, que se llama Atala, dejó á su padre y á su madre para venir á vivir aquí al lado, con un viejo de ochenta años lo menos, llamado Vider, el cual se ocupa de los negocios de todas las gentes que no saben leer y escribir. Si ese viejo libertino, que dicen que compró á la pequeña por mil quinientos francos, se casase al menos con ella, como le quedan pocos días de vida y como tiene, al parecer algunos miles de francos de renta, la pobre niña, que es un angelito, se libraría del mal y sobre todo de la miseria que acabará por pervertirla.

—Le doy á usted las gracias por haberme indicado esa buena acción que hacer—dijo Adelina,—pero hay que obrar con prudencia. ¿Qué tal es ese anciano?

—¡Oh! señora, es un buen hombre que hace feliz á la pequeña y que no carece de sentido, porque, mire usted, creo que dejó el barrio de los Judíos para salvar á esa niña de las garras de su madre. La madre estaba celosa de su hija y tal vez contaba con sacar partido de su hermosura convirtiéndola en una perdida. Atala se acordó de nosotros, aconsejó á su viejo que se estableciese cerca de nuestra casa, y como el buen hombre vió quiénes éramos, la dejó venir aquí. Pero cásela usted, señora, y hará una acción digna de

usted... Una vez casada, la pequeña sería libre, y por este medio saldría del poder de su madre, la cual acecha continuamente, y para sacar partido de ella quisiera verla en el teatro ó haciendo fortuna en la horrible carrera á que la ha lanzado.

—¿Por qué no se ha casado con ella ese anciano?

—No era necesario—dijo la italiana,—y aunque el buen Vider no sea malo del todo, yo creo que es bastante astuto para querer ser dueño de la pequeña, mientras que, casado, el pobre viejo teme.

—¿Puede usted enviar á buscar á la joven?—dijo la baronesa.—La verá aquí y sabría si puede hacerse algo.

La italiana hizo seña á su hija mayor, la cual partió inmediatamente. Diez minutos después, la joven volvió llevando de la mano á una joven de quince años y medio, dotada de una belleza completamente italiana.

La señorita de Judici había heredado de su padre su color, que siendo amarillo á la luz del día, parece deslumbrante blancura á la luz artificial. Unos ojos de un tamaño, de una forma y de un brillo oriental, pestañas tupidas y arqueadas, cabellera de ébano, y esa majestad nativa de la Lombardía que le hace creer al extranjero, cuando se pasea un domingo por Milán, que las hijas de los porteros son otras tantas reinas. Atala, advertida por la hija de la italiana de la visita de aquella dama de quien tanto había oído hablar, se había puesto á toda prisa una bonita bata de seda, unos borceguíes y una elegante manteleta. Un gorro con cintas color cereza centuplicaba el efecto de su cabeza. Aquella pequeña se mantenía en una actitud de sencilla curiosidad examinando con el rabillo del ojo á la baronesa, cuyo temblor nervioso le causaba gran asombro. La baronesa lanzó un profundo suspiro al ver aquella joya femenina en el barrio de la prostitución, y juró conquistarla para la virtud.

—¿Cómo te llamas, hija mía?

—Atala, señora.

—¿Sabes leer y escribir?

—No, señora, pero eso no importa, porque ya sabe el señor.

—¿Te llevaron tus padres á la iglesia, has hecho la comunión, sabes el catecismo?

—Señora, papá quería que hiciese cosas que se parecen á lo que usted dice, pero mamá se oponía á ello.

—¿Tu madre?— exclamó la baronesa.—¡Qué mala debe ser!
—Me pegaba siempre. No sé por qué, pero es lo cierto que yo era objeto de continuas disputas entre mi padre y mi madre.

—¿De modo que no te han hablado nunca de Dios?— exclamó la baronesa.

La niña abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Ah! Papá y mamá decían á veces juramentos mezclados con el nombre de Dios.

—¿No has visto nunca la iglesia? ¿No te ha dado nunca la idea de entrar?

—¡Iglesias! ¡Ah! Nuestra Señora, el Panteón. Las he visto de lejos cuando papá me llevaba á París, lo cual no ocurría muchas veces. En el arrabal no había esa clase de iglesias.

—¿En qué arrabal estabais?

—En el arrabal.

—¿Pero en qué arrabal?

—En la calle de Charona, señora.

Los habitantes del arrabal de San Antonio nunca llaman más que arrabal á este barrio célebre. Para ellos es el arrabal por excelencia, el arrabal soberano y hasta los fabricantes, cuando pronuncian esta palabra, sólo se refieren al arrabal de San Antonio.

—¿No te han dicho nunca lo que está bien hecho y lo que estaba mal?

—Mamá me pegaba cuando no hacía las cosas á su gusto.

—Pero ¿no sabías que cometías una mala acción dejando á tu padre y á tu madre para ir á vivir con un viejo?

Atala Judici miró con aire severo á la baronesa, y no le respondió.

—Es una muchacha completamente salvaje— se dijo Adelina.

—¡Oh! señora, hay muchas como ella en el arrabal— dijo la italiana.

—Lo ignora todo, hasta el mal. ¡Dios mío! ¿Por qué no me respondes?—replicó la baronesa intentando tomar á Atala por la mano.

Atala, irritada, dió un paso atrás, diciendo:

—Es usted una vieja loca. Mi padre y mi madre estaban en ayunas hacía una semana. Y mi madre quería hacer algo peor, puesto que mi padre le pegó llamándola ladrona. Entonces el señor Vider pagó todas las deudas de mi padre y

de mi madre, les dió dinero, un saco lleno, y me trajo aquí. Por cierto que mi pobre papá lloraba. Pero era preciso separarnos. ¿Qué, está mal esto?

—¿Y quiere usted mucho á ese señor Vider?

—¿Si lo quiero? Ya lo creo, señora. Me cuenta cuentos todas las noches. Me ha dado buena ropa, un chal, voy arreglada como una princesa y ya no llevo zuecos. Además, hace dos meses que no paso hambre, ni como tampoco patatas, y me trae bombones, avellanas, almendras, chocolate. ¡Y qué bueno es el chocolate! Por un saquito de chocolate hago todo lo que quiere. Además, mi buen padre Vider es tan cariñoso y me cuida tanto que me hace ver cómo debía ser mi madre. Ahora va á tomar una criada para cuidarme, pues no quiere que me ensucie las manos cocinando. Hace un mes que gana bastante dinero y me trae todas las noches tres francos que yo meto en una hucha; lo único que me prohíbe es que salga de casa, á no ser para venir aquí. Es un buen hombre y hace de mí todo lo que quiere. Me llama su gatita, mientras que mi madre me llamaba bestia, ladrona, reptil y qué sé yo cuántas cosas más.

—Dime, ¿porqué no te casas con el padre Vider?

—Ya lo he hecho—dijo la joven sin ruborizarse, mirando á la baronesa con ojos serenos.—Ya me ha dicho que soy su mujercita; pero, á no ser por los bombones, encuentro poco agradable eso de ser mujer de un hombre.

—¡Dios mío!—dijo en voz baja la baronesa.—¿Quién será el monstruo que se ha atrevido á abusar de una inocencia tan completa y tan santa? Traer esta niña al buen sendero es evitar muchas faltas. Yo, por mi parte, sabía lo que hacía—se dijo pensando en su escena con Crevel,—pero ella lo ignora todo.

—¿Conoce usted al señor Samanon?—preguntó la pequeña con atrevimiento.

—No, hija mía; pero ¿por qué me preguntas eso?

—¿De veras? dijo la inocente criatura.

—Atala, no temas nada de esta señora, que es un ángel—le dijo la italiana.

—Es que mi viejo teme ser hallado por ese Samanon y se esconde, y á mí me gustaría que pudiese ser libre.

—¿Y por qué?

—¡Diantre! porque me llevaría á Bobino y tal vez al Ambigú.

—¡Qué criatura más excelente!—dijo la baronesa abrazando á aquella niña.

—¿Es usted rica?—preguntó Atala, que jugaba con el manguito de la baronesa.

—Sí y no—respondió ésta.—Soy rica para las niñas buenas como tú, cuando permiten que un sacerdote las instruya en sus deberes de cristiana y las lleve por el buen camino.

—¿Qué camino?—dijo Atala.—Yo voy muy bien con mis piernas.

Atala miró á la baronesa con aire socarrón y risueño.

—Mira como la señora es feliz desde que ha entrado en el seno de la Iglesia—dijo la baronesa señalando á la italiana.—Tú te has casado del mismo modo que se aparejan las bestias.

—¡Yo!—repuso Atala.—Si quiere usted darme lo que me da el padre Vider, aun me alegraré de no estar casada.

—Es que una vez que una mujer se ha unido á un hombre, debe serle fiel—repuso la baronesa.

—¿Hasta que se muera?—dijo Atala con astucia.—¡Oh! entonces no me quedará para mucho tiempo. ¡Si viera usted cómo sopla y cómo tose el padre Vider! ¡Je, je!—dijo imitando al anciano.

—La virtud y la moral exigen que el matrimonio sea consagrado por la Iglesia, que representa á Dios, y la alcaldía, que representa á la ley. Mira cómo la señora está casada legítimamente.

—¿Es que será eso más divertido?—preguntó la niña.

—Serás más feliz, porque nadie podrá reprocharte tu matrimonio. Además, agradarás á Dios. Pregúntale á la señora si se ha casado sin haber recibido el sacramento del matrimonio.

Atala miró á la italiana.

—¿Y qué tiene más que yo? Yo soy más bonita que ella.

—Sí, pero yo soy una mujer honrada, y á ti te pueden dar un nombre feo.

—¿Cómo quieres que Dios te proteja si pisoteas las leyes divinas y humanas? ¿No sabes que Dios reserva el paraíso para los que siguen el mandato de su Iglesia?

—¿Y qué hay en el paraíso? ¿Hay teatros?—preguntó Atala.

—¡Oh! el cielo encierra todos los goces que tú puedes imaginarte—dijo la baronesa.—Está lleno de ángeles, cuyas

alas son blancas, se ve á Dios en su gloria, se comparte su poder y se es feliz á todas horas y por toda una eternidad.

Atala Judici escuchaba á la baronesa como si hubiese escuchado música, y Adelina, al ver que no se hallaba en estado de comprenderla, pensó que era preciso tomar otra senda y dirigirse al anciano.

—Vuelvete á casa, hija mía, que yo iré á hablar á ese señor Vider. ¿Es francés?

—Es alsaciano, señora, pero será rico. Si quiere usted pagar lo que debe á ese maldito Samanon, ya os devolverá lo que le deis, porque dentro de pocos meses tendrá seis mil francos de renta é iremos á vivir muy lejos, al campo, á los Vosgos.

Esta palabra, los Vosgos, hizo caer á la baronesa en profunda meditación, porque volvió á ver su aldea. La llegada del italiano, que iba á darle nuevas de su prosperidad, la sacó de aquel sueño.

—Señora, dentro de un año podré devolverle el dinero que me ha prestado, que es el dinero de Dios, el de los pobres y el de los desgraciados. Si hago fortuna, algún día pondré mi bolsillo á su disposición, á fin de socorrer por mediación suya, como fui yo socorrido.

—En este momento no le pido dinero, sino su cooperación para una buena obra—dijo la baronesa.—Acabo de ver á la pequeña Judici, que vive con un anciano, y quiero casarla religiosa y legalmente.

—¡Ah! el padre Vider es un buen hombre, muy digno, tanto, que en dos meses que lleva en el barrio tiene ya mucha gente que le quiere. Yo creo que es un valiente coronel que ha servido al emperador. ¡Ah! ¡cómo quiere á Napoleón! Está condecorado, pero no lleva nunca las condecoraciones. El pobre hombre espera rehacerse, pues yo creo que tiene deudas y que se esconde por temor á los alguaciles.

—Dígale usted que yo pagaré sus deudas si quiere casarse con la pequeña.

—¡Ah! bueno, en seguida quedará arreglado. Vamos allá, señora, pues es á dos pasos de aquí, en el pasaje del Sol.

La baronesa y el italiano salieron para ir al pasaje del Sol. —Por aquí, señora—dijo el italiano, señalando la calle de la Pepiniere.

En efecto, el pasaje del Sol, está al principio de la calle de la Pepiniere y desemboca en la del Rocher. En medio de

aquel paraje de reciente creación y cuyas tiendas pagan módicos alquileres, la baronesa vió en un ventanal un letrero que decía: «*Escribiente público*», y sobre la puerta:

DESPACHO DE NEGOCIOS

Aquí se redactan peticiones, se ponen memorias en limpio, etc.

DISCRECIÓN, PRONTITUD

El interior se parecía á esas oficinas que suelen tener las administraciones de diligencias. Una escalera interior conducía sin duda á la habitación del entresuelo, que dependía de la tienda. La baronesa vió allí una mesa de madera blanca ennegrecida, algunas carpetas y un mal sofá comprado de lance. Un gorro y una visera de tafetán verde toda grasienta, denotaban las precauciones tomadas para disfrazarse, ó una debilidad en la vista bastante concebible en un anciano.

—Debe estar arriba—dijo el italiano.—Voy á subir á advertirle que está usted aquí, para que baje.

—La baronesa se dejó caer el velo y se sentó. Un pesado paso hizo temblar la pequeña escalera, y Adelina no pudo contener un penetrante grito, al ver á su marido vestido con chaqueta, pantalón de muletón y en zapatillas.

—¿Qué quiere usted, señora?—le dijo galantemente Hulot.

Adelina se levantó, abrazó á Hulot, y le dijo con voz entrecortada por la emoción:

—¡Al fin, te encuentro!

—¡Adelina!—exclamó el barón estupefacto cerrando la puerta de la tienda.—José—le dijo al italiano,—váyase por el pasillo.

—Amigo mío—dijo la baronesa, olvidándolo todo en medio de su alegría.—Puedes volver al seno de tu familia, somos ricos, tu hijo tiene sesenta mil francos de renta, tu pensión está desempeñada, y con una sencilla fe de vida, puedes percibir quince mil francos. Valeria ha muerto, legándote trescientos mil francos. Tu nombre ha sido olvidado, puedes volver á frecuentar el mundo y vivir con tu hijo, en cuya casa hallarás una fortuna. Ven, nuestra dicha será completa. Hace ya tres años que te busco y tenía tal seguridad de en-

contrarte, que tengo habitación preparada para recibirte. ¡Oh! sal de aquí, sal de la espantosa situación en que te hallas.

—Bien lo veo, pero ¿podré llevarme á la pequeña?

—Héctor, renuncia á ella, hazlo por tu Adelina, que no te ha pedido nunca el menor sacrificio. Yo te prometo casar á esa niña, dotarla bien y hacer que la instruyan, que no se diga que no has hecho feliz á alguna de las que te han hecho feliz, y no vuelvas á caer en el fango y en el vicio.

—¿Eras tú la que querías casarme?—repuso el barón sonriéndose.—Espérame un instante, que voy á vestirme de una manera conveniente.

Cuando Adelina quedó sola y contempló aquella horrible tienda, rompió en amargo llanto, diciendo:

—El vivía aquí y nosotros estábamos en la opulencia. ¡Pobre hombre! bien castigado ha sido, él que era la elegancia misma.

El italiano fué á despedirse de su bienechora, y entonces ésta le dijo que buscara un coche. Cuando el italiano volvió, la baronesa le rogó que tomara en su casa á Atala Judic y que se la llevara en el acto.

—Dígale usted que si quiere ponerse bajo la dirección del señor cura de la Magdalena, el día que haga la primera comunión, yo le daré treinta mil francos de dote y un buen marido, algún hermoso joven.

—Señora, mi hijo mayor tiene veintidós años y adora á esa muchacha.

En este momento, bajaba el barón con los ojos humedecidos por el llanto.

—Me haces dejar á la única criatura que se ha parecido á ti en el quererme—le dijo al oído á su mujer.—Esa pequeña se derrite en llanto y yo no puedo abandonarla de ese modo.

—No temas, Héctor, va á quedar en compañía de una familia honrada y yo te respondo de ella.

—¡Ah! entonces puedo seguirte—dijo el barón, acompañando á la baronesa al coche.

Héctor, que se había vuelto á convertir en el barón de Eryy, se había puesto un pantalón y una levita azul, un chaleco blanco, una corbata negra y unos guantes. Cuando la baronesa estuvo ya sentada en el coche, Atala se llegó hasta ella, diciéndole:

—¡Ah! señora, déjeme ir con usted. Mire, yo soy buena y obediente y haré todo lo que quiera, pero no me separe de

mi bienhechor, del padre Vider, que me daba cosas tan buenas. Ahora voy á ser golpeada.

—Vamos, Atala, esta señora es mi mujer, y tenemos que separarnos.

—Ella, tan vieja y que tiembla como una hoja—respondió la inocente.—Menea así la cabeza—añadió en tono de burla, imitando el temblor de la baronesa.

El italiano, que corría detrás de la pequeña Judici, se acercó á la portezuela del coche, y entonces la baronesa le dijo:

—Llévesela.

El italiano tomó á Atala en sus brazos y se la llevó á su casa á la fuerza.

—Gracias por este sacrificio—dijo Adelina tomando la mano del barón y estrechándosela con delirante goce.—¡Qué cambiado estás! ¡cuánto debes de haber sufrido! ¡Qué sorpresa para tu hijo!

Adelina hablaba de mil cosas á la vez, como los amantes que se ven después de una larga ausencia. En diez minutos, el barón y su mujer llegaron á la calle de Luis el Grande, donde Adelina encontró la siguiente carta:

«Señora baronesa: El señor barón de Ervy ha permanecido un mes en la calle de Charona, con el nombre Thorec, anagrama de Héctor, y ahora está en el pasaje del Sol, con el nombre de Vider. Se dice alsaciano, hace copias y vive con una joven que se llama Atala Judici. Señora, tome usted muchas precauciones, porque se busca actualmente al barón, aunque no sé con qué objeto.

La cómica ha cumplido su palabra y se repite como siempre, suya humilde servidora,

J. M.»

La vuelta del barón Hulot llenó de goce á la familia. El anciano no tardó en olvidar á la pequeña Judici, pues los efectos de la pasión le habían hecho adquirir esa movilidad de sensaciones que distinguen á la infancia. La dicha de la familia había sido turbada por los cambios observados en la persona del barón, el cual, habiendo dejado á sus hijos joven aun, volvía casi centenario, cascado, con el rostro demacrado por el vicio: Una comida espléndida, improvisada por Celestina, recordó las comidas de la cantante al anciano, el cual quedó asombrado del esplendor de su familia.

—Celebráis la vuelta del padre pródigo—le dijo al oído á Adelina.

—Silencio, todo ha sido olvidado—respondió ésta.

—¿É Isabel?—preguntó el barón, extrañado de no ver á la solterona.

—La pobre está en la cama, no se levanta y me parece que tendremos la pena de perderla—respondió Hortensia.

—Espera verte después de comer.

Al día siguiente al amanecer, Hulot hijo fué advertido por su portero de que los soldados de la guardia municipal cercaban toda la casa. Los agentes de la justicia buscaban al barón Hulot. El guardia de comercio que seguía á la portera presentó al abogado documentos en regla, preguntándole si quería pagar por su padre: se trataba de diez mil francos en letras de cambio suscritas á favor de un usurero llamado Samanon, el cual sólo habría dado probablemente dos ó tres mil francos. Hulot hijo rogó al guardia de comercio que hiciese retirar á la fuerza armada y pagó.

—¿Será esto todo?—se dijo con inquietud.

Isabel, que se consideraba muy desgraciada con la dicha de que gozaba su familia, no pudo soportar la idea de este feliz acontecimiento, y se puso tan grave, que el doctor Bianchon anunció su muerte para una semana después. Murió al verse vencida al fin en aquella larga lucha que tantas victorias le había proporcionado y guardó el secreto de su odio en medio de la espantosa agonía de una tisis pulmonar. Por lo demás, tuvo la satisfacción suprema de ver á Adelina, á Hortensia, á Hulot, á Victorino, á Steimbock, á Celestina y á todos los niños llorando en torno de su cama y considerándola como el ángel de la familia. El barón Hulot, entregado al régimen sustancial que le faltaba hacía ya tres años, recobró fuerza y volvió á reponerse, alegrando tanto esto á Adelina, que la intensidad de su temblor nervioso disminuyó.

—¡Acabará por ser feliz!—se dijo Isabel la víspera de su muerte, al ver la especie de veneración que el barón sentía por su mujer, cuyos sufrimientos le habían sido contados por Hortensia y por Victorino.

Este sentimiento apresuró el fin de la prima Bel, cuya muerte fué llorada por toda la familia.

Al verse llegados á la edad del reposo absoluto, los señores Hulot cedieron á los condes de Steimbock las magníficas habitaciones del primer piso, albergándose ellos en el

segundo. Gracias á la influencia de su hijo, el barón obtuvo una colocación en ferrocarriles á principios del año 1845, con seis mil francos de sueldo, los cuales, unidos á los seis mil de su pensión y de la fortuna que le legó la señora Crevel, formaron una renta anual de veinticuatro mil francos. Como Hortensia hubiese estado separada en bienes de su marido durante los tres años de riña, Victorino no titubeó en colocar á nombre de su hermana los doscientos mil francos del fideicomiso, que le daban una pensión de doce mil francos. Wenceslao, marido de una mujer rica, no cometía ninguna infidelidad, pero callejeaba de continuo sin poder resolverse á hacer obra alguna, por insignificante que fuese. Convertido de nuevo en artista *in partibus*, tenía muchos éxitos en los salones, era consultado por muchos aficionados y acabó por hacerse crítico, como les ocurre á todos los impotentes que no confirman el valor de sus primeras aptitudes. Cada matrimonio gozaba, pues, de una fortuna propia, aunque vivían en familia. Instruida por tantas desgracias, la baronesa dejaba á su hijo el cuidado de dirigir sus negocios y reducía de este modo al barón á su sueldo, esperando que lo módico de la renta le impediría volver á caer en sus antiguos errores. Pero, por suerte extraña, con la que no contaban ni la madre ni el hijo, el barón parecía haber renunciado al bello sexo. Aquel sosiego había acabado por tranquilizar de tal modo á su familia, que ésta gozaba por completo de la amabilidad y demás encantadoras cualidades del barón de Ervy. Lleno de atenciones para su mujer y para sus hijos, los acompañaba al teatro y á las reuniones, y hacía con exquisita gracia los honores de su casa. En fin, aquel padre pródigo reconquistado, causaba la mayor satisfacción á su familia. Era un agradable anciano completamente aniquilado, pero ocurrente, y que sólo había conservado del vicio lo que podría creerse una virtud social. Como es natural, se llegó á tener una seguridad completa en él. ¡Los hijos y la baronesa ponían en las nubes al padre de familia, olvidando la muerte de los dos tíos! ¡La vida está llena de desgracias!

Celestina que, gracias á las lecciones de Isabel, dirigía con talento aquella enorme casa, se vió obligada á tomar un cocinero. El cocinero hizo necesaria una ayudanta de cocina. Las ayudantas de cocina son hoy criaturas ambiciosas que se ocupan de sorprender los secretos del cocinero y que se

hacen cocineras tan pronto como saben revolver salsas. De aquí que cambien de casa con mucha frecuencia. A principios del mes de diciembre del año 1845, Celestina tomó como ayudanta de cocina á una gruesa normanda de Isigny, de talle corto, hermosos brazos, rostro vulgar y estúpida, la cual se decidió difícilmente á abandonar el clásico gorro de algodón que suelen usar las hijas de la Normandía baja. Aquella muchacha, dotada de una gordura de nodriza, amenazaba reventar las ropas que envolvían su cuerpo. Eran tan duras sus facciones, que su cara parecía tallada en una roca. Como es natural, no se hizo ningún caso en la casa al entrar esta muchacha llamada Agata, la cual era tan grosera en su lenguaje y en sus modales que ni siquiera agradó al cocinero, para el cual fué objeto de desprecio. El cocinero cortejaba á Luisa, camarera de la condesa de Steimbock, así es que la normanda, al verse además maltratada, se quejó de su suerte diciendo que el cocinero le hacía salir de la cocina con un pretexto cualquiera cuando tenía que hacer algún plato.

—¡Vamos, está visto que no tengo suerte, tendré que ir á otra casa!—decía la normanda.

Sin embargo, aunque había dicho ya dos veces que quería marcharse, se quedó.

Una noche Adelina fué despertada por un extraño ruido, y como no viese á Héctor en la cama que éste ocupaba á su lado, pues dormían en una misma habitación y en camas distintas, como conviene á los ancianos, esperó más de una hora la vuelta del barón. Llena de miedo, creyendo en alguna catástrofe trágica, ó tal vez en la apoplejía, subió al último piso ocupado por los criados y se encaminó hacia el cuarto de Agata, llevada tanto por la mucha luz que salía de la puerta entreabierta, como por el murmullo de dos voces. La pobre mujer se detuvo asustada al reconocer la voz del barón, el cual, seducido por los encantos de Agata y ansioso de vencer la resistencia de ésta, le decía en aquel momento estas atroces palabras:

—A mi mujer le queda poco tiempo de vida, y si tú quieres podrás ser baronesa.

Adelina lanzó un grito, dejó caer la palmatoria y huyó.

Tres días después, la baronesa, sacramentada la víspera, estaba en la agonía y se veía rodeada de su desolada familia. Un momento antes de expirar, tomó la mano de su marido, se la estrechó y después le dijo al oído:

—Amigo mío, sólo podía darte mi vida, y dentro de un momento serás libre y podrás hacer baronesa á la que quieras.

Y ¡cosa rara! Después de estas palabras se vieron salir lágrimas de los ojos de una muerta. La ferocidad del vicio había vencido á la paciencia del ángel, el cual, al borde de la eternidad, dejó escapar de sus labios el único reproche que había hecho en su vida.

El barón Hulot se fué de París tres días después del entierro de su mujer. Al cabo de once meses, Victorino supo indirectamente el casamiento de su padre con la señorita Agata Piquetard, que se había celebrado en Isigny el 1.º de febrero de 1846.

—Los mayores pueden oponerse al matrimonio de sus hijos, pero los hijos no pueden impedir las locuras de sus mayores cuando están chochos—dijo Hulot á Popinot, segundo hijo del antiguo ministro de Comercio, hablándole de este matrimonio.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
CAPÍTULO PRIMERO.—¿A dónde va á anidarse la pasión?	7
» II.—Atroces confidencias.	11
» III.—Una hermosa vida de mujer.	21
» IV.—Un carácter de solterona, original y sin embargo más común de lo que parece.	31
» V.—Entre soltera y solterona.	41
» VI.—Donde se ve que las mujeres bonitas salen al paso de los libertinos, del mismo modo que los tontos salen al encuentro de los bribones.	51
» VII.—Aventura de una araña que encuentra en su tela una hermosa mosca demasiado grande para ella.	63
» VIII.—La novela del padre y la de la hija.	72
» IX.—Donde la casualidad, que se permite verdaderas novelas, lleva demasiado bien las cosas para que vayan mucho tiempo así.	84
» X.—Contrato privado y sin registro entre una leona y una cabra.	93
» XI.—Transformación de la prima Bel.	102
» XII.—De la vida y opiniones del señor Crevel.	109
» XIII.—Última tentativa de Caliban sobre Ariel.	117
» XIV.—Donde el desenlace de las novelas ordinarias se encuentra á la mitad de esta historia demasiado verídica, bastante anacreóntica y terriblemente moral.	128
» XV.—Balance de la sociedad Bel y Valeria: cuenta de Mameffe.	139
» XVI.—Balance de la sociedad Bel y Valeria: cuenta de Fischer.	147
» XVII.—El balance de la mujer legítima.	154
» XVIII.—Un aparecido con rentas.	162

CAPÍTULO		Págs.
	XIX.—Escenas de alta comedia femenina.	170
	XX.—Dos cofrades de la gran cofradía de los cofrades.	181
	XXI.—Lo que hace los grandes artistas.	191
	XXII.—Artista, joven y polaco, ¿qué queráis que hiciere?	203
	XXIII.—La primera disputa de la vida conyugal.	214
	XXIV.—Los cinco padres de la iglesia Marneffe.	224
	XXV.—Resumen de la historia de las favoritas.	234
	XXVI.—Requerimiento sin costas y con gastos.	244
	XXVII.—Salvado, moyuelo y cabezuela.	252
	XXVIII.—Una libertina sublime.	263
	XXIX.—Fin de la vida y de las opiniones de Celestino Crevel.	273
	XXX.—Corto duelo entre el mariscal Hulot, conde de Forzheim, y Su Excelencia el mariscal monseñor Cottin, príncipe de Wisembourg, duque de Orfano, ministro de la Guerra.	285
	XXXI.—La partida del padre pródigo.	296
	XXXII.—La espada de Damocles.	310
	XXXIII.—Ángeles y diablos tomando parte en la misma acción.	322
	XXXIV.—La venganza persiguiendo á Valeria.	338
	XXXV.—Una comida de licenciosas.	349
	XXXVI.—El paraíso económico del París de 1840.	358
	XXXVII.—Cumplimiento de las profecías hechas en tono de risa por Valeria.	369
	XXXVIII.—La vuelta del padre pródigo.	379

LA CONJUGACIÓN FRANCESA

AL ALCANCE DE TODOS

GUÍA PRÁCTICA PARA LA CORRECTA CONJUGACIÓN

DE TODOS LOS VERBOS DE DICHA LENGUA

POR

ENRIQUE GUILLÉN FERNÁNDEZ

Pocos libros poseen, como el que anunciamos, el mérito de reconocerse útiles é indispensables con la simple lectura de su título. Es evidente que la mayor dificultad para conseguir el dominio de un idioma, estriba en la perfecta conjugación de los verbos, sin la cual no es dable formular correctamente el pensamiento propio ni interpretar el ajeno, pues cuantos giros y manifestaciones son peculiares del lenguaje al servicio de la idea, descansan en la exactitud del término que constituye la parte esencial de la oración. De ahí que un libro extenso, minucioso, de tan fácil investigación como el diccionario más claro y manuable, y que se destine exclusivamente á la conjugación de los verbos franceses con su debida equivalencia castellana, resulte inestimable, así para el alumno como para el traductor; así para el que lleva la correspondencia en un escritorio, como para quien necesite recoger en textos originales de la lengua transpirenaica, tesoros de ciencia y de arte que complementen enseñanzas recibidas en los libros nacionales.

Pero si la sola enunciación del pensamiento acusa en el autor de esta obra grandes alientos, incuestionable saber y convencimiento de sus propias fuerzas, nada valdrían tales condiciones, aun siendo indiscutibles, si no fuesen acompañadas, para tan particularísimo objeto, de un sentido práctico y metódico sobresaliente; y en este punto raya á una altura difícil de superar. Basta decir que el orden que predomina en el libro, permite hallar instantáneamente la primera persona de todos los tiempos de los verbos regulares en cualquiera de las conjugaciones; que contiene, además, modelos completos de cada una de éstas, lo cual equivale á que estuviesen conjugados íntegros todos los verbos; y, por último, que los irregulares se desarrollan aparte en todos sus tiempos simples, indicándose en los compuestos sólo la primera persona, para evitar la monótona repetición del verbo auxiliar y el participio pasado del que se conjuga. También los auxiliares son tratados por extenso en sitio especial de la obra, conjugándose por activa, con negación, con interrogación, y con negación é interrogación.

Tocante al manejo del libro, no puede ser más fácil. Con él, toda vacilación ó duda se resuelve en el acto. Los cuatro mil verbos que contiene están colocados en cuadros sinópticos, por orden alfabético y por conjugaciones, con el espacio suficiente de uno á otro verbo, y con tan bien combinada diferencia en los caracteres uniformemente empleados en todas las páginas, que saltan á la vista, en seguida, los infinitivos, que es lo primero que interesa, y se distingue sin esfuerzo la radical de la terminación, convenientemente separadas y de diferente tipo. El índice diccionario que se refiere á los cuatro mil verbos contenidos en la obra, y con el cual termina ésta, es, por su detallada enumeración y clasificación, digno complemento de tan importante volumen.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN Y VENTA

Con el fin de facilitar la adquisición de esta obra, se expende por cuadernos de cinco entregas de ocho páginas en papel superior, al precio de

UNA PESETA cada cuaderno

Toda la obra consta de 22 cuadernos.

En tela impermeable y encuadernación sólida y propia para obra de consulta, 25 pesetas.

HISTORIA GENERAL
DE
ESPAÑA

Y DE SUS INDIAS

por D. VÍCTOR GEBHARDT

QUINTA EDICIÓN

PLAN DE LA OBRA.

TOMO I.—PARTE PRIMERA.—*España primitiva, cartaginesa y romana.* Desde 1600 antes de J. C. hasta el año 413 de nuestra era.

TOMO II.—PARTE SEGUNDA.—*España goda.* Desde el año 413 hasta el 711 de nuestra era.

TOMOS III Á VI.—PARTE TERCERA.—*España árabe y reinado de los Reyes Católicos.* Desde el año 711 hasta el 1516.

TOMOS VII Y VIII.—PARTE CUARTA.—*Dinastía austriaca.* Desde el año 1516 hasta el 1700.

TOMOS IX Á XII.—PARTE QUINTA.—*España borbónica.* Desde el año 1700 hasta el 1868.

TOMO XIII.—APÉNDICES.

Se publica por cuadernos de 8 entregas de 8 páginas de abundante lectura y esmerada impresión y buen papel.

Cada cuaderno se compone de 64 páginas, al que acompaña una lámina de regalo.

El precio de cada cuaderno es de 50 céntimos

Toda la obra se compone de 103 cuadernos, resultando, por lo tanto, la edición más lujosa y barata que se ha hecho hasta el presente.

En las ilustraciones de esta obra se incluye la colección de retratos de todos los reyes hasta Isabel II.

También en 10 láminas gran tamaño, iluminadas, van los trajes y armamento desde la formación del ejército permanente hasta fin de 1868.

Tamaño 15 X 22 centímetros

**13 tomos en rústica, á 4 pesetas tomo,
y en tela con lomo piel, á 5'50 pesetas.**

GERMANIA

VEINTE SIGLOS DE HISTORIA ALEMANA

por J. SCHER

Dos tomos: el 1.º de 232 páginas, con 32 grabados; el 2.º de 212 págs., con 34 grabados. Tamaño 22 X 14 centímetros. — Los dos tomos en rústica, 4 ptas.; los mismos, encuadernados en un solo volumen, 5 ptas.

ARMAS Y ARMADURAS

por D. ANTONIO GARCÍA LLANSÓ

con un prólogo de D. FRANCISCO BARADO

Forma un elegante tomo de 308 páginas, ilustrado con 161 grabados. Tamaño 28 X 19 centímetros. — Encuadernado, 10 pesetas.

**CABLES DE LUZ ELÉCTRICA
y DISTRIBUCIÓN DE ELECTRICIDAD**

por STUART A. RUSSELL, socio de número del Instituto de Ingenieros civiles
TRADUCIDO DE LA PRIMERA EDICIÓN INGLESA

Un tomo de 400 págs., ilustrado con 107 grabados. — Tamaño 20½ X 14 centímetros. — 7 pesetas.

Tarjetas Postales Ilustradas

Santas Creus

(TARRAGONA)

Diez tarjetas con vistas del histórico monumento, Una peseta

Cabezas de estudio

N.os 1 á 10 — Una peseta

EGIPTO

Seis series, cada una de diez postales, en las que se reproduce lo más pintoresco y tradicional de aquel interesante país, á Una peseta cada serie.

PRECIOSA EDICION

**EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA**

— POR —

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Un tomo de 790 páginas, ilustrado con 360 composiciones del gran GUSTAVO DORÉ, ricamente encuadernado con lomo de piel. Tamaño 22×15 centímetros, 6 pesetas.

CUENTOS DE PERRAULT Y DE MADAMA DE BEAUMONT

— ilustrados por GUSTAVO DORÉ —

Un tomo de 240 páginas, con 37 grabados. Tamaño 22×14 centímetros.— En rústica, 3 pesetas, y 4 pesetas encuadernado.

AVENTURAS DEL BARÓN DE MUNCHHAUSEN

— ilustrado por GUSTAVO DORÉ —

Un tomo de 252 páginas, con 150 grabados. Tamaño 22×14 centímetros.— En rústica, 3 pesetas, y 4 pesetas encuadernado.

ESCLATS DEL COR

APLECH DE POESÍAS

— POR —

D. VENANCIO BARLES Y LLOPIS

— con un prólogo de D. VÍCTOR BALAGUER —

Un tomo de 216 páginas, sin grabados. Tamaño 19×14 centímetros.
— 2 pesetas,

